

el instrumento de labranza, que abriendo el seno de la madre tierra, la ha hecho amorosa, y fecunda, y pródiga en olorosas flores y sazonados frutos. Y cuando Roma, con su vibrante lanza, en su su carro triunfal, presidida por el genio de la victoria, se dirige al mundo, para atarlo y darle la unidad, lejos de pulverizar los templos y los dioses, hace en religion lo mismo que en política, crea grandes municipios religiosos, donde consiente que humee el sacrificio en honor de los mismos que han invocado los ejércitos de los pueblos conquistados cuando asestaban sus armas contra Roma.

Cuanto dijimos de la política romana en nuestra segunda leccion, otro tanto podemos decir de sus religiones. Varía la materia, pero la afirmacion es siempre la misma. La aristocracia sacerdotal es etrusca, y la aristocracia etrusca es oriental; los dioses del sacerdocio romano son etruscos, y los dioses etruscos son patricios sacerdotales venidos de Oriente. A la cabeza de esta primitiva religion se encuentra Jano, que personifica el tiempo, las estaciones, el año; verdadero padre de todos los dioses, verdadero elemento de todas las cosas, principio y fin del mundo; austero patricio, de cuyo seno salieron todos los séres, y en cuyo seno han de volver á reclinarse y dormir después de la consumacion de los tiempos, puesto que todos los séres viven bajo su férrea patria potes-

tad. En este dios teocrático, en este dios tirano, en este dios ceñudo, ¿no veis mejor que en las páginas de Tito Livio dibujarse la austera y triste figura del patricio, con las manos en el altar, la cabeza perdida en las nubes y las plantas sobre las espaldas de los plebeyos? En toda esta religion se ven las señales del Oriente. El sacerdote etrusco al pié del ara, mira el vuelo de las aves y de su vuelo deduce lo porvenir. Los etruscos creian, como todo el Oriente, que el ave al cernirse en los aires, se mueve por divino impulso; que un soplo del cielo agita sus alas, que un canto de un dios se desprende armonioso de su arpada garganta; que, perdiéndose en el azul éther de lo infinito, sube á beber la vida en el océano de la inmortalidad, y trae bajo sus alas el calor del fuego celeste y lo deposita en sus nidos, encantando así toda la naturaleza y poseyendo el secreto de la voluntad de los dioses. En todo este culto se aspira el espíritu, el aroma del Oriente, y se ve que la aristocracia romana, tomando para sí la interpretacion del vuelo de las aves y de la caída de los rayos y de todas las señales de la naturaleza, toma los auspicios, el poder, y subyuga á las gentes y á los dioses de los plebeyos.

Los dioses de los plebeyos son dioses de Grecia, son dioses demócratas; y así los plebeyos ni son admitidos á los colegios sacerdotales, ni pueden ser alta dignidad religiosa, ni entienden nada del

vuelo de las aves, ni de las exhalaciones, ni alcanzan la palabra del gran derecho en que se funda Roma. Las aspiraciones de los plebeyos, al mismo tiempo que políticas, han de ser religiosas; su mirada escudriñará los secretos del cielo; su revolución, como un mar desatado y tumultuoso, sin límite fijo, amenazará con sus ondas hasta los dioses patricios, que algún día serán sorbidos por la ira de las bajas gentes, las cuales poco á poco suben triunfantes las gradas del Capitolio. Al par que piden los derechos más necesarios á su vida política y á su vida social, pidieron la igualdad religiosa. Esta terrible demanda resonó como pavoroso trueno sobre las altas cumbres del Olimpo romano. Los patricios se espantan de aquella arrogante petición, y se valen para burlarla de todos sus medios; de la guerra, de las amenazas, de las súplicas, de la ironía, del soborno; pero el genio del derecho, personificado en las clases que aspiraban á la libertad, triunfó en esta gran contienda, y la igualdad religiosa votada por los comicios fué un gran florón de la corona de los plebeyos. Llevada á cima esta revolución religiosa ¿qué podía oponerse al triunfo de las clases inferiores de la sociedad? Todo, todo se modificó, desde el antiguo derecho patricio hasta la tierra que pisaban los romanos, todo se trasformó en aquella gran revolución religiosa. Y después Roma, para trasformar el mundo, arrojó en su seno los dioses

de todos los pueblos. Sila llevó las divinidades griegas, ignorando que con las divinidades griegas llevaba también el espíritu de la democracia; otros conquistadores arrastraron á Roma los dioses orientales; de suerte que Roma, inclinándose sobre todos los templos, recogiendo el fuego de todos los sacrificios, juntando en su templo las genealogías de todas las familias divinas, formó, condensó el espíritu del mundo; destino altísimo á que la llamaba toda la historia.

En el seno de Roma se descompone ya, por los esfuerzos de la razón humana, totalmente el paganismo. En el nacimiento de la literatura y de la filosofía romana se echa de ver esa oposición constante y tenaz á la religión pagana, oposición que va creciendo á medida que crecen también los progresos de la filosofía. Un escritor del siglo xvii, un gran escritor español decía, que uno de los signos más evidentes de la próxima ruina de una creencia religiosa es la separación de los espíritus elevados, de los hombres que miran siempre la luz inmortal del cielo, que oyen los avisos de su razón independiente y libre; porque cuando los espíritus elevados se apartan de la religión, muestran que esa religión no tiene alimento para todas las almas, consuelo para todos los corazones, y una religión que no es universal, cae fatalmente en ruinas á impulso de su propio peso. Y desde la infancia de la literatura latina se conoce la deca-

dencia del paganismo. Un poeta antiguo tradujo el libro de Evehemero, que era sátira sañuda contra la antigua religion. Lucrecio, despues de proclamar que el mundo y el cielo y los astros que en el cielo nadan, y el alma del hombre y las ideas que por el alma del hombre vagan, son productos del amor de los átomos, que se unen y se condensan por su propia virtud; despues de negar todo principio creador que no esté en la misma naturaleza, se vuelve indignado contra los dioses, los presenta el espectáculo que ofrece Roma desgarrada por sus guerras civiles, y se burla de su poder y de sus horrisonos truenos y de sus fulgurantes rayos; amenazas que solo pueden amedrentar á los apocados y á los débiles, pero que nunca harán mella en los hombres de elevado espíritu, prontos á menospreciar á Júpiter.

Donde más clara se vé la ruina del paganismo es en los libros de Ciceron. Los libros de Ciceron merecen un detenido estudio, no tanto por su novedad, como por ser el resúmen de toda la ciencia antigua. La filosofía y la religion presentaban el mismo carácter de union, de eclecticismo. El Panteon era el templo universal, y los libros del orador romano la academia universal. En las opiniones de Ciceron influye mucho la política. Hombre conciliador, carácter débil, teniendo por fin principal curar las sangrientas heridas abiertas en Roma, indeciso y ecléctico, Ciceron debia poner

sus opiniones filosóficas al servicio de sus opiniones políticas. Mas, á pesar de que estimaba necesaria la religion como un freno para contener á los pueblos, la fé religiosa habia muerto en su alma, y creia que la naturaleza de los dioses antiguos era contraria á la razon, las adivinaciones prácticas supersticiosas, y los augures sacerdotes de un culto engañoso, que no podian mirarse frente á frente sin sentirse movidos á sardónica sonrisa. Y además de herir en el corazon los dioses antiguos, las antiguas creencias, se levanta á más alta esfera, y predica la necesidad de reconocer un Dios, espíritu puro, verdad y bondad perfecta, regulador de todas las cosas, unido á la naturaleza como el alma del hombre está unida al cuerpo. Y asentada esta creencia, señala con su brillante estilo la naturaleza de nuestra alma, sus grandes facultades, el origen de sus ideas, la libertad de su voluntad; y al ver desceñirse el alma de sus ligaduras, quebrar el vaso que la contiene, desprecia el cuerpo, la organizacion, como cosa sujeta á la muerte, y se arroba en seguir el vuelo del alma libre y gozosa por los infinitos espacios, ¡el alma! que huella los cielos y los mundos. Todas estas ideas del gran orador romano eran como piedras arrojadas al cadáver ya fétido del paganismo.

Lástima grande que en el orador romano se hallen á cada paso tantas contradicciones! No es

de olvidar, sin embargo, que en Ciceron hay dos hombres; el orador y el filósofo, el pensador y el repúblico. El orador, cuando quiere conmover á los jueces, al senado, al pueblo, evoca la protección del cielo pagano, el génio de los dioses. ¿Cómo, si no, podía hacerse oír en el Foro? ¿Cómo, de otra manera, le hubieran escuchado los senadores? La religion habia muerto en todas las conciencias, pero quedaba aún viva como razon de estado. Era en el pensamiento una sombra que huye, y era en la sociedad como el fuego, que iluminaba con sus reflejos la frente del pueblo. Los filósofos no la querian, pero los repúblicos la adoraban. Es cierto que cuando iba el repúblico al templo, al sacrificio, su alma se dilataba en otras esferas; pero no es ménos cierto que los pueblos que se dejan llevar de las apariencias creyeran que sus dioses eran aún adorados y bendecidos por todos. Y como esta situacion extraordinaria influia en todos los ánimos, el mismo Ciceron que en sus oraciones contra Verres llamaba á las divinidades para que consumieran y devoraran al sacrilego; en el silencio de su conciencia, en sus libros filosóficos se reia de aquellos mismos dioses que habia invocado con tanta fé y entusiasmo desde el alto pedestal de su tribuna. Y esta contradiccion se vé en toda su vida. Ciceron que presidia los auspicios se burlaba de ellos, y al mismo tiempo que ponía de manifiesto su vacío sentido, los reco-

mendaba al pueblo, como si la supersticion y la mentira pudiesen nunca ser saludables para el alma que vive de la razon y de la verdad. Mas á pesar de todo, en las ideas de Ciceron, en sus libros filosóficos, á través de los adornos retóricos, se echa de ver que su alma tiende al conocimiento y adoracion del Dios único, superior al mundo, fundamento de todas las cosas, esencia inmortal de todas las ideas. La conciencia humana buscaba á ciegas en el océano del tiempo las grandes verdades del Cristianismo.

Sintiendo el frio del paganismo, algunos pensadores habian intentado reformarlo, para que pudiera aún servir de alimento al espíritu humano. ¡Inútil empeño! Varron se habia puesto al frente de este gran movimiento de reforma; porque siempre aparecen, cuando se determinan bien las necesidades sociales y filosóficas, hombres que las satisfagan con sus ideas ó con sus obras. Varron dividia la religion en tres grandes brazos, en mitológica, natural y política. En la religion mitológica entraban para él todos los antiguos dioses griegos, su vida, sus hechos, sus atributos, sus tradiciones; dioses que relegaba con menosprecio al teatro. ¡Qué reforma, señores, qué reforma! Cuando se trataba de avivar el espíritu religioso, cuando se queria encender la apagada fé, los mismos hombres empeñados en esta colosal empresa condenaban á los dioses que los pueblos

habian alojado en sus templos; á los dioses, en cuyas aras habia ardido por espacio de tantos siglos el fuego del sacrificio; á los dioses tutelares de las fuentes, de los árboles, de los arroyos, del sol, de las estrellas; á los dioses que serenaban los dolores humanos, las tempestades del corazon; á los dioses de sus padres; señores, los condenaban, por míseros histriones, al teatro. ¡Qué reforma!

La teología civil de Varron, segunda rama de la religion, no era más que una especie de espurgo de todos los mithos romanos. Varron comprendia que Roma necesitaba de la religion para la política, de las fórmulas divinas para encerrar el derecho humano, del cielo para organizar y sostener la sociedad en la tierra; y dando de mano á muchos dioses, en su sentir inútiles, dejaba el Olimpo de la Ciudad Eterna casi desierto y vacío. La religion mitológica era, segun Varron, necesaria para el teatro; la religion civil para Roma, y la religion natural para el mundo. Aquí el gran literato destruia y pulverizaba las dos primeras clases de religion, admitiendo como racional y verdadera solamente la última. Y la última era el panteísmo. Su pensamiento mal avenido con todas aquellas religiones, se abismaba en el seno de la naturaleza. Allí, bañándose en la vida de todos los séres, perdiéndose en la sávia de los campos, en las armonías de los mundos, se desahacia de las ligaduras del paganismo. ¡Triste re-

ligion, así servida por sus mismos reformadores!

Los filósofos estóicos no estaban por una guerra clara, franca, á la religion popular. Creian que así se alcanzaba solo alarmar al pueblo y hacer menos posible el triunfo de la verdad y menos duradero. El sentir de estos filósofos era que convenia apoderarse de los símbolos de la religion, estudiarlos y ofrecer dentro de esos símbolos una verdad más alta y más profunda al pueblo. De este modo, sin quitar á la ciencia su forma religiosa, sin divorciarse por completo del espíritu pagano, sin atraerse el odio ni de las muchedumbres ni de los sacerdotes, llegaban á construir una religion racional, que purificando el espíritu y fortaleciendo la conciencia, levantaba una idea pura, clara, verdadera, de la unidad sagrada de Dios. Al servicio de esta idea capital puso Séneca su talento. Ya, antes de él, otros filósofos, otros jurisconsultos célebres, habian pensado en reconciliar el paganismo con la filosofía; la revelacion con la razon. Séneca pretendió que dentro del mismo sistema religioso de los paganos se encontraban ideas puras y claras sobre la divinidad. Dios, decia Séneca, tiene varios nombres en la lengua poética del pueblo; se llama Stator, porque es el fundamento de todas las cosas; Pater, porque es el generador de todos los séres; Hércules, porque es la fuerza invencible; Mercurio, porque es la razon, la ciencia; Dios

bondadoso, que enlaza las causas con los efectos, que rige toda la naturaleza, que alimenta la vida universal con su esencia; Dios, siempre amoroso, pródigo, presente en todos los espacios, vivo en todos los tiempos, artista, que ha fabricado el mundo; Providencia que lo conserva, luz que lo fecunda y lo ilumina; sin él ni sería posible la creación, ni posible la historia, ni posible el hombre.

Todas estas ideas lejos de animar el paganismo, lejos de darle vida, sin atraerse la conciencia de los filósofos, de los hombres superiores que menospreciaban el símbolo y admiraban la idea, no podían llegar hasta el ánimo del pueblo, empeñado en adorar, no á Júpiter, sino la estatua de Júpiter; no el alma, sino el cuerdo de los dioses. La religión pagana se moría. La apoteosis de los emperadores fué su último instante. La idea de Evehemero, si no era verdad en cuanto á lo pasado, era verdad en cuanto á lo porvenir. Júpiter no era un hombre divinizado, pero Tiberio, el peor de los hombres, debía ser un Júpiter. Diez ciudades del Asia, de la cuna de la religión y de los dioses, enviaban mensajeros al asesino Tiberio pidiéndole de rodillas que les consintiera levantarle un templo y ofrecerle sacrificios é inmaculadas víctimas. El emperador se resistía á tamaña adulación. ¡Ah! El dueño era menos vil que los esclavos. El templo se alzó; el sol iluminó aquel

sacrilegio; el aire en sus alas recogió aquellos cánticos religiosos, aquellas blasfemias escupidas á Dios. Un templo en el Asia es honor demasiado liviano; Calígula tendrá un templo en el Capitolio, sacerdotes suyos, vestales, fuego ardiendo á sus plantas. Pero el emperador, al fin, es el dueño del mundo, y hasta cierto punto un dios. Es necesario envilecer más el paganismo. Los libertos son divinizados, los libertos de Claudio. Neron pone á su mujer Popea entre los dioses; á su mujer Popea, infame prostituta, que le ha dado una hija, una diosa inmortal, que como dice un gran historiador, vivió con toda su inmortalidad cuatro meses. A tal extremo, señores, había llegado el paganismo.

Bien pronto se vió que la humanidad no puede vivir sin una religión. Unos apóstoles, unos mártires, predicaban el culto de un solo Dios, religión venida del cielo para ser la última religión de la humanidad. Entonces los que veían que tras la muerte de la antigua religión iba la muerte de la antigua sociedad, inventaron una especie de paganismo de convención puesto á servicio de la política; religión en que no tenían ninguna fé, religión que era una especie de tregua, religión que ha llamado la historia neo-paganismo. Proclo, Plotino, Jamblico se esforzaron por hacer de todos los dioses del Olimpo un solo dios. El panteísmo idealista, que era el alma de la filosofía

alejandrina, centelleaba en todas las interpretaciones de los neo-paganos. Júpiter era tres y uno: el primer Júpiter era creador, el padre; el segundo, el hijo; la fuerza; el tercero el espíritu, la union del padre con el hijo, del creador con su fuerza creadora por medio de la ciencia; y estos tres eran uno, dios, á un mismo tiempo espíritu y cuerpo, cielo y conciencia, espacio infinito, y los séres que en el espacio se determinan y se mueven; causa de todas las cosas, raiz de toda sustancia; fuego, aire, éther, sol y luna; criador y criatura; mundo y su providencia; idea y naturaleza; todo lo existente y todo lo posible; en una palabra, señores, Júpiter es la forma del panteísmo. Y de aquí derivaban otras mil interpretaciones. Júpiter es el gran todo; Cronos ó Saturno es la ley del mundo, del espíritu; Minerva es la unidad de ese mismo mundo; Marte es la fuerza de Júpiter en el hombre, y Baco la fuerza de Júpiter en la naturaleza, y Apolo la fuerza de Júpiter en el pensamiento, en la conciencia. Así iban, señores, aquellos filósofos alejandrinos desnaturalizando el paganismo, convirtiéndolo en una religion de conveniencia, en una religion convencional, y así trituraban los dioses para dejarlos á las plantas de los discípulos y de los apóstoles de Jesucristo.

Para que se vea cómo interpretaban el paganismo, recuérdese el mitho de Narciso. Narciso,

jóven hermosísimo, de una blancura semejante á la nieve, de ojos celestes como el firmamento, de cabello parecido á los rayos del sol, hijo del amor del rio Cephiso con una hermosa ninfa que al caer la tarde vagaba por sus orillas ligera como la niebla; Narciso, despiadado y cruel, no habia querido amar, no habia querido fecundar con su pura vida el corazon de las ninfas delirantes por él de ciego amor; y un dia despues de haber recorrido solo, entregado á sus pensamientos, los montes y los valles, atravesando la espesura de las selvas que dejaban flores prendidas en sus ensortijados cabellos, fué á reposar de sus fatigas á orillas de una fuente en la verde y mullida grama; fuente, que en sus límpidos cristales, retrató su imágen, y al verla, se quedó enamorado de ella; suspenso, embebecido, fuera de sí, y no pudiendo sufrir su amor, tendió los brazos á la hermosa imágen, quiso oprimirla contra su corazon, llenarla de besos, perderse en un mar infinito de no gastadas delicias, y se precipitó en el agua y murió ahogado, y su cuerpo se transformó al borde humilde y poetico de la fuente en la flor del Narciso, que enviaba del fondo de su cáliz el alma del cuitado envuelta en perfumes á la inmensidad de los cielos.

Este mitho, que parece invencion de la riente imaginacion de las mujeres griegas, destinado á recordar á los jóvenes cuán caro se paga el no

amar, era para los alejandrinos una alegoría que significaba que el alma tiende por inclinación incontrastable á contemplar su misteriosa esencia, pero cuando busca la esencia en la vida del sentido, en la vida transitoria y terrena de la realidad, se consume de tristeza; y cuando la busca en la esencia verdadera y divina de su sér, en la idea libre y pura, entonces, desceñida de la realidad material, se levanta en alas de su inspiración á la realidad eterna, que está en Dios, inundada de plácida ventura. Y de la misma suerte interpretaban todo el paganismo; Júpiter, Urano y Saturno son la unidad, la inteligencia, la voluntad; Venus es hija de Júpiter, porque es el alma universal del mundo saliendo del seno de Dios; Saturno, devorando á sus hijos, es la razón encontrando la ciencia dentro de su mismo seno y de su misma vida; las ninfas son almas humanas, y el velo es nuestro cuerpo; y así querían encontrar nuevas ideas en los antiguos símbolos, para que el mundo no cambiase de altares, hasta que Juliano revela el verdadero sentido de aquella teología política, diciendo, no quiero que mueran los dioses, porque no quiero que maera el Imperio, y añade Simmaco, no quiero que se arruine el Olimpo, porque no quiero que se arruine el senado.

Resumamos, señores, cuánto hemos dicho sobre el paganismo. Esta religion comenzó por ser

el sentimiento sencillo, el primer vuelo de la imaginación al seno de la naturaleza. Como el ave que al salir del nido sigue con tardo paso el camino que su madre le enseña, el espíritu abandonado á sí mismo seguía en su adoración los objetos externos, y teniendo únicamente despierto y vivo el sentido, nada conocía del mundo de las ideas. Mas despues las ideas orientales, que invadieron la Grecia, trocaron aquel sentimiento sencillo en una larga serie de dogmas depositados en la conciencia de los sacerdotes. Los pueblos no pudieron abrazar en su mente aquel número de dogmas, y forzados por la necesidad, cayeron de rodillas á los piés de los sacerdotes y les entregaron la dirección de su conciencia. El paganismo primitivo, que habia adorado los objetos exteriores en su individualidad concreta, desde este punto adoró toda la naturaleza, y se convirtió en un panteísmo que abrazaba en su inmensidad la creación, el hombre y Dios. Por eso los sistemas y los libros de los sacerdotes, son sistemas y libros cosmogónicos. Pero bien pronto la razón humana protestó contra las antiguas teogonías y contra las antiguas teocracias. Encontrando en sí el hombre un criterio superior al criterio de los sacerdotes, una moral más pura que la moral pagana, un pensamiento más alto y sublime que todos los pensamientos encerrados en las antiguas teogonías; quiso que los dioses fueran no el refle-



jo de la naturaleza, sino el reflejo de la conciencia; no representantes de las fuerzas del mundo, sino representantes de las ideas de la razón humana. Entonces apareció Homero, que negaba la religión antigua y establecía una religión. Hesíodo es el gran teólogo de esta edad religiosa, como Orfeo es el teólogo de la edad precedente. El paganismo tuvo una influencia social, política y artística decisiva, tanto en Grecia, como en Roma. Pero en Grecia y Roma los filósofos, que personificaban la razón humana con las armas de la dialéctica, descompusieron, destrozaron el paganismo. Entonces los sacerdotes pensaron en dar un gran esplendor á los misterios para detener con los terrores y las esperanzas de otra vida las almas que huían de su dominio en esta vida terrena. No hubo remedio. El paganismo llegó á divinizar los monstruos que habían tiranizado á los hombres, cayó de hinojos ante seres inmundos, y agonizaba, para que se cumpliera el plan eterno de la Providencia en la historia.

El paganismo pues murió sin remedio. El rayo de Júpiter se apagó en sus manos; cayeron hechas polvo las estrellas que coronaban á Juno; el cinturón de Venus tan luminoso perdió todo su brillo; la diosa del amor, infecunda y estéril, se sumergió en la nada; Apolo dejó caer su lira, estrellándola contra los espacios; la espiga y las flores, que eran la diadema de Ceres, fueron arre-

batadas por el viento; las aguas ahogaron á Poseidón; el fuego consumió á Plutón; el Dios Pan se precipitó, aquel dios tan alegre y risueño, en las ondas del Mediterráneo en pos de la muerte; los genios, que vagaban en las estrellas, buscaron en las estrellas una sepultura; la linfa de los arroyos arrastró al mar los cuerpos destrozados de las nereidas; los bosques perdieron sus misterios, la naturaleza su voz, su poesía; los mármoles de Paros no brillaron ya con la luz de la inspiración artística, y se extinguió la inextinguible vida del paganismo; y sobre los restos de aquella religión del arte, se levantó la religión divina, la religión celeste, que venía á exaltar á los humildes, á los desgraciados, á los infelices; que venía á contener las espadas de los bárbaros melladas en la destrucción de los cuerpos marmóreos de los dioses; que venía á destruir los dioses hijos de la naturaleza, y á sustituirlos por el eterno Dios de la verdad y de la ciencia; que venía á predicar la libertad del hombre, y la igualdad de todas las razas, la santa fraternidad de todos los pueblos; religión, que por más que pese á los que quieren unguir con ella la horrible tiranía, será siempre el triunfo del espíritu sobre la naturaleza, de la libertad sobre el privilegio, de Dios sobre todas las sombras de la historia.—He dicho. (Aplausos.)